TREINTA VERSOS PARA GERARDO DIEGO

PARA empezar, te evades
del mundo. Nadie piensa
en que vendrá el silencio
después de tu palabra.
Un verso nace. Un hombre
nace cantando, dice
su milagro sencillo
plural. («Bienorientarse»,
buen verbo para un día
que comienza, Gerardo.)

Mediodía. Una alondra
desciende de su cielo.
De verdad. Nadie piensa
sino en alas, en trinos,
en ángeles... Y asoman
los ángeles y cantan,
alumbran la sorpresa,
se equivocan, adrede.
(Digo Gerardo Bardo
en donde digo Diego.)

Y atardece. La sombra,
sin embargo, no llega.
Una luz rosa crece
y, herida, se prolonga.
Nadie piensa en la noche.
El paisaje se puebla
de figuras. (Gerardo,
¿no es aquella que pisa
arcangélicamente
Sor Violante del cielo?)

CARLOS MURCIANO